

En esta sociedad perder el empleo es una condena a muerte

En una sociedad capitalista dependiente como la que vivimos, satisfacer las necesidades más elementales no es sencillo para el que vive de la venta de su fuerza de trabajo. En especial en momentos donde la carestía de la vida azota con fuerza en los precios de los bienes indispensables, y más aún si se carece de vivienda propia.

En una sociedad donde la concentración y el saqueo por parte de los acreedores externos y de las corporaciones extranjeras son la moneda de todos los días, y donde las políticas de ajuste aplicadas por el gobierno profundizan el "modelo" neocolonial extractivista y depredador, el relato fantástico no alcanza para silenciar los justos reclamos populares.

De particular gravedad es la situación que se presenta a los trabajadores que se hallan ante un proceso inflacionario devastador de su capacidad adquisitiva, y que de pronto sufren la pérdida de su trabajo y son condenados abruptamente a una vida miserable. Sólo basta con imaginar la situación de la familia del que queda desocupado, para entender la justicia de los reclamos y de la resistencia que observamos en muchos lugares del país.

Sin ingresos no se puede pagar el alquiler, por lo tanto, desalojo y a la calle. Sin ingresos no se puede adquirir los alimentos indispensables para sobrevivir. Sin ingresos ni pensar en garantizar la educación de los hijos, ni vestirlos o proteger su salud. Ni hablar de otros derechos humanos esenciales, que pasan a segundo o tercer plano cuando no se puede comer y no se tiene dónde vivir.

¿Qué hacer ante esa situación?

Se podría esperar que en una democracia real existan leyes que garanticen un ingreso mínimo y la prestación de servicios esenciales para todas las personas, en especial aquellos que no tienen otra forma de sobrevivir. También por supuesto medidas urgentes, de emergencia, para cubrir las necesidades de cualquier trabajador y su núcleo familiar que quede sin empleo. Con más razón en un país tan rico como la Argentina, que ha pasado por uno de los períodos de mayor crecimiento de su historia y que ha recibido ingresos fabulosos por exportaciones que no tienen precedentes.

Pero no... El crecimiento récord tuvo como destino principal el saqueo sistemático y la fuga gigantesca de capitales al exterior. Y en las ramas económicas de mayor peso se fueron destruyendo las fuentes genuinas de trabajo, además de afectarse a las empresas más pequeñas.

Mientras se daba la fase expansiva y con una abundante caja clientelar, quedaban ocultos los males del "modelo" y el relato fantástico mostraba un país mágico, sin pobres y sin desocupados. Pero ni bien aparecen los primeros síntomas del fin del ciclo, bajan las aguas y dejan al descubierto los horrores del neocolonialismo extractivista y depredador.

Las acciones de resistencia, las pacíficas manifestaciones, los justos reclamos para recuperar la fuente de trabajo (es decir para continuar siendo explotados y recibir al menos algunas migajas para sobrevivir), son caminos necesarios de las víctimas antes de renunciar a la vida, o tener que mendigar o delinquir.

Y el gobierno "nacional y popular", agotada la caja abundante de recursos fiscales (donde las prioridades de cumplir los acreedores y los subsidios a los grupos empresarios dejan pocas migajas para repartir), se va sacando la máscara para mostrar su verdadera esencia: para los poderosos más privilegios y beneficios; para los perdedores que no aceptan la miseria y reclaman justicia, hay palos, balas y gases. Indigna ver las imágenes de las fuerzas represivas de la bonaerense junto a la Gendarmería, golpeando a hombres y mujeres desarmados, como respuestas oficiales ante los reclamos legítimos.

La sociedad va ingresando de esa manera en un proceso creciente de violencia contra los sectores más vulnerables, promovida desde el poder (económico y político), que no deja otra respuesta a los marginados, excluidos y explotados, que la legítima resistencia en la calle.

Ante ese panorama, deberíamos reflexionar y actuar en solidaridad con los afectados, al menos quienes creen que todo ser humano tiene derecho a una vida digna. Y quienes aún se hallan "por sobre la línea de flotación" (porque tienen un empleo o reciben ingresos que le permiten sobrevivir), no deberían permanecer indiferentes, puesto que este proceso no termina acá y puede ir agregando mayor cantidad de expulsados.

Una sociedad sin cohesión social no es el único camino para la Argentina. Tenemos mucho para aspirar a una sociedad más equitativa, humana y sustentable, donde la prioridad no sea garantizar la máxima ganancia a los usureros internacionales y a las corporaciones del imperio, sino vida digna para todos. Pero nadie nos va a regalar nada. El imprescindible cambio social no va a venir ni de afuera ni de arriba. Depende de todos nosotros, de la solidaridad, del compromiso, de la participación. Unirnos para resistir y construir un futuro diferente aparece más que nunca como una verdadera alternativa.

Luis Lafferriere / 8-7-2014